



## ¿Tiene dueño la naturaleza?

¿Tiene dueño la naturaleza? Esto es lo que nos estamos preguntando en ALBOAN. Comenzamos nuestro recorrido en una comunidad indígena de la región del Ixcán, en Guatemala. Una mirada a esta realidad nos desvela la intrínseca relación que existe entre estos pueblos indígenas y la tierra que habitan. Una relación que define su identidad, incluso el sentido de su espiritualidad, y de la que depende su supervivencia. Una persona nos señaló muy gráficamente: «La tierra es como una madre para nosotros. ¿Venderías a tu madre?». Los pueblos indígenas de Guatemala han vivido un proceso de «despojo recurrente» que los ha conducido a una intensa lucha, en la que la defensa de la tierra, el territorio y los recursos naturales es un elemento que vertebra su acción social. Ahora que algunas de estas comunidades se ven amenazadas por la construcción de grandes centrales eléctricas o proyectos agroindustriales que prometen desarrollo y prosperidad, las poblaciones indígenas se organizan para reclamar su derecho a ser informadas y debidamente consultadas, en virtud del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo o la Declaración de Derechos de los Pueblos Indígenas.

A su vez, en la República Democrática de Congo (RDC) nos hemos enfrentado a la dura realidad de un pueblo agotado por las guerras y

la miseria, en un país caracterizado por la abundancia de sus recursos naturales. Un misionero nos calificó la situación como la desgracia de la riqueza, o lo que en la literatura académica sobre el desarrollo se ha venido denominando la «paradoja de la abundancia» o la «maldición de los recursos». Cuanto más rico es un territorio, más pobre es su población y más difícil resulta gestionar de forma pacífica y equitativa sus recursos naturales. Hemos preguntado a un colectivo variado de personas involucradas en la explotación artesanal de los minerales de una región del sur de la RDC a quién pertenecen los diamantes de la región de Kasai o el cobre de Katanga. Si bien la respuesta más inmediata a nuestra pregunta ha sido casi siempre referirse a un «Estado» omnipresente, alejado y abstracto, también han señalado que subsiste una profunda noción tradicional asociada a la gestión de los recursos naturales: son los ancestros ante quienes se debe pedir una autorización (simbólica) a través de las autoridades tradicionales para, por ejemplo, poder extraerlos.

¿De quién es el cobre de Katanga? La realidad en el terreno se desvela sombría y compleja. La situación en esta región de la RDC se asemeja mucho a la que nos dibujan las películas sobre el *Far West* americano en plena fiebre del oro. Se calcula que pueden ser aproximadamente 300.000 los mineros que se dedican a la explotación artesanal del cobre y cobalto en Katanga. Cavan, pican y arrastran los minerales que se encuentran más cercanos a la superficie (hasta los 30 metros). Sin apenas maquinaria y en una situación de gran precariedad, estos mineros tienen una organización relativamente sofisticada de su cadena de trabajo. Los hay quienes se especializan en «atacar» (extraer el mineral), en «defender» (acarrear la tierra), en «vigilar» (seguridad) o en asegurarse de que el diámetro del túnel cumpla con una distancia mínima. Hay mujeres lavadoras y negociantes especializados en cobre





o en cobalto. Hay mucha vida, lucha y valentía en medio del despojo, como también hay muerte, abuso y violencia.

Al reflexionar sobre una buena gestión de los recursos naturales, tanto en Guatemala como en la RDC la gente nos habla sobre su derecho a acceder y gestionar estos recursos. Sólo así podrán hacer frente a los intereses de las grandes compañías y a unos Estados que habitualmente toman sus decisiones desde las lejanas capitales y no atienden las propuestas de la población local. Reivindican que su voz sea escuchada, que se mejore la forma en que se mide la riqueza que generan a través de sus actividades tradicionales y un apoyo real en

tecnologías que se ajusten a sus necesidades y a su forma de entender el desarrollo. Piden paz y trabajo; luchan por un futuro mejor para ellos y sus familias, y dependen de esos recursos naturales para salir adelante. Respetan a los ancestros y desconfían del Estado. En la gestión de dichos recursos no pueden estar ausentes ni la voz ni los intereses de estas poblaciones de Katanga o del Ixcán que, como diría Ellacuría, «en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo», y a quienes el mundo insiste tantas veces en despreciar, olvidar y, lo que es peor, criminalizar.

**Alicia Alemán Arrastio**

